

## CATEGORÍA E

### Primer Premio Narrativa

Título: Invisibles

Autora: Carla López de Zamora Pagán

El bar olía a tabaco y, cuando entrabas, nubes de humo se arremolinaban a tu alrededor y nublaban la vista. Julia se encontraba en la barra apurando su café, con sus diecisiete inviernos en vena, mientras un hombre a su lado leía el periódico, enfrascado en un traje viejo, pero elegante. De fondo, se oía la voz chillona de una radio mal sintonizada, las voces de los clientes habituales y el traqueteo de vasos y platos tras la barra, donde reinaba Fernando, el dueño de toda la vida, empapado de sudor.

Julia tenía la mirada perdida en su larga y oscura falda, remendada por ella misma en ciertas partes, pues había sido heredada de su hermana mayor cuando ésta la había dejado atrás al mudarse con su marido, pese a ser tan solo un año mayor que ella. A Julia, el matrimonio se le antojaba como una prisión, tal y como el servicio militar al que eran obligados a asistir los jóvenes hombres del país; solo que para ellas, las mujeres, duraba toda una vida. Su madre, sus abuelos e incluso el párroco de la Iglesia de su barrio ejercían una constante presión sobre ella por su soltería, pues tal y como ellos decían: *“El mayor logro para una mujer es formar una familia, sino, solo serás una fracasada. Búscate un buen marido, aunque con esos terribles modales te deseo suerte. Pobre del que caiga en tus redes.”*

Había escuchado ese romanceo desde que era niña, y el ejemplo de su hermana María, una joven perfecta, casada y dedicada completamente a su familia y a la Iglesia, no hacía más que empeorar la situación.

La puerta se abrió de golpe, haciendo tintinear unas campanillas que colgaban del techo. Nadie perdió un segundo en girarse a mirar, pues decenas de personas cruzaban esa puerta diariamente, en sus descansos, aprovechando al máximo sus únicos minutos libres de su ajetreada vida en la ciudad. Ni siquiera Julia le dio importancia, embaucada en terminar los deberes de la escuela femenina a la que asistía, hasta que un par de pantalones tomaron asiento en el taburete contiguo al suyo y una voz suave pidió un café a la vez que encendía un cigarrillo.

Al instante sintió admiración por la mujer que tenía al lado: no era socialmente bien visto que una chica llevase pantalones, pero ella conseguía hacerlo como si fuese la cosa más natural del mundo. Su pelo, negro como el azabache, estaba recogido en un elegante moño del que escapaban unos rebeldes mechones, y sus ojos eran de un azul, oscuro como un mar durante la tempestad.

Descubrió, tras unos segundos de ensimismamiento, que la chica la estaba mirando, divertida.

- ¿Ocurre algo?- Preguntó, y su voz sonó como el susurro de un amante, grave y dulce a la vez.
- Lo...lo siento. Es tan solo que... no se suele ver gente...- Intentó hablar Julia, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta, haciéndola enrojecer.
- ¿Qué vista así? – Rió.- Es mucho más práctico que esas pesadas faldas. Deberías probarlo.
- Mi madre me mataría. – Murmuró la otra, más para sí misma, sintiéndose completamente vulnerable ante la vibrante presencia de esa chica desconocida.
- Me llamo Rebeca.
- Julia. ¿Acabas de mudarte? Nunca te había visto por aquí. -Rebeca le sacaba a penas tres años, no le habría pasado desapercibida si sus miradas se hubiesen encontrado antes.